

PASION DE LEER

Isaac Felipe Azofeifa

Uno se pregunta una y otra vez cómo hacer para mantener el que podría llamarse ritmo normal de lectura en este tiempo, porque son decenas de libros, millares de páginas, invitándonos a entrar en ellos como cosechadores gozosos en un huerto sin cercado. Hace algunos años, —entre diez y quince—, todavía el libro costarricense no era abundante. Lo que había era mucho autor europeo, traducido; pocos españoles y menos aún autores latinoamericanos. Entonces, con un buen hábito de lectura cumplía su trabajo nuestra pasión de lectores, y el deseo quedaba, si no satisfecho, al menos complacido.

Año tras año vemos como el número de libros que sacan las casas editoras se multiplica. El lector se hace el propósito desesperado de limitar sin piedad sus intereses, porque intuye que se condenaría a navegar en la superficie de la cultura si se dejase llevar por el pueril empeño de leer sin disciplina, sin freno. Pero también ve con pena cómo corre el peligro de quedarse al margen del desarrollo de los temas, al margen del progreso de los conocimientos en algún campo en que quiso estar al día. El lector se siente vivir entre dos alternativas: la especialización y la humanización. Pues, ¿cómo hacer para no quedarse en puro lector especializado?

Más aun. El lector ve con preocupación cada vez mayor, cómo hunde en el olvido al libro clásico la avalancha de los libros que explican lo que ocurre en el mundo de hoy. La cultura de hoy mismo es eso, tiende a ser eso que se empieza a llamar presentismo. Se vacía de sentido, se queda

la cultura en pura fruición sensorial del presente. Pero, por otra parte, el partir en busca de lo antiguo como curiosidad, como retórica respuesta a los problemas de nuestro tiempo es la peor confesión de impotencia frente a la realidad violenta de nuestros días. Dilema atroz, que paraliza.

Pero el hecho radical de nuestra circunstancia parece ser el predominio de la imagen y del habla oral de la televisión. Muchos piensan que están amenazados de ruina el libro como instrumento de cultura, y la lectura como hábito. Porque, el leer supone una disposición especial de ánimo y un conjunto de habilidades mentales que el hombre va perdiendo: capacidad de reflexión, atención concentrada en lo abstracto de las ideas, ánimo meditativo que da al lector ese gusto del rigor, de la claridad, de la precisión del pensamiento.

Y si así estamos, cabe la pregunta entonces sobre si la escuela, el liceo y la universidad forman lectores o deforman los espíritus. Porque lo que vemos y escuchamos en todas partes, es algo como un largo rechazo del libro, es una especie de desafecto hacia la lectura, que invade incluso a muchos orondos profesores de lengua y literatura.

El comentario de libros es una invitación a leer. Es algo semejante a aquello que los maestros de nuestro tiempo pasado gustaban hacer para despertar el entusiasmo ético, la admiración, y quizá la emulación en los muchachos: comentaban la vida y la obra asombrosamente interesante de los grandes hombres, los convertían en héroes sin par, idealizando sus vidas.

Se ha avisado ya que nuestro país está alcanzando a sacar un libro por día. Nuestra población sube al mismo tiempo a casi los dos millones de habitantes. Es lástima que nuestra escuela, nuestro liceo, nuestra universidad, si bien enseñan a leer, no hayan descubierto todavía el secreto de arraigar en las generaciones el hábito de la lectura. En lugar de la pasión de leer, se crea el peor tipo de analfabeto, el que aprendió a leer pero odia la lectura que humaniza: el especialista analfabeto.

Por esto, y contra esto, durante este año, se hablará de libros. Es el año, —oficialmente declarado,— el año de la lectura.

EL LEER COMO AVENTURA

A mí se me convirtió desde el primer momento en una aventura el encuentro con el libro. Y eso mismo sigue siendo todavía para mí. El título del libro es siempre el signo de un enigma, el ademán de una invitación al viaje, el riesgo de los hallazgos más asombrosos. Pienso que aquel que no siente la menor curiosidad ante un libro cerrado está condenado a la mayor pobreza de espíritu. En aquellas comunidades primitivas en que el libro todavía no alcanza a ser, como en la sociedad civilizada, artículo de primera necesidad, ahí, es el anciano, el peregrino, el mago, o el narrador profesional de la tribu, quien asume parecida función creadora de la vida espiritual. El anciano, por su rica experiencia; el viajero, por su visión maravillada de otros hombres, otros pueblos y otros paisajes; el mago, por su contacto con lo oculto, con lo misterioso; el narrador profesional, por su cosecha de cosas antiguas y grandes acciones guardadas en su lengua como en una caja de música. El libro ha mantenido por generaciones de generaciones, desde que se inventó la escritura, las tareas sociales del anciano, del viajero, del mago, del rapsoda o del trovador.

En mi vieja ciudad de Santo Domingo de Heredia, yo fui por los años veinte el lector del círculo familiar. Al caer la tarde, acudían los adultos de la casa a escuchar la lectura, a veces, de novelas; a veces, de algún libro edificante; a veces de una novena, —y en este último caso era obligatoria la asistencia de los más chicos. Con una vela, una lámpara de “canfín”, o un mechón brillante de

carburo, se aumentaba la débil llama de la luz eléctrica. Recuerdo las novelas pedagógicas de Pestalozzi, el libro de Amicis, las historias del libro de “Mantilla” que se había usado antes como texto de lectura en las escuelas del pueblo; *Rosa de Tanemburgo*, *Fabiola*, *María*, *El Conde de Montecristo* . . . Y entre los libros piadosos, uno de gran volumen y estampas impresionantes, que se llamaba *El Año Santo*. Pero el acto culminante de lectura era el del viernes: había que leer *La Pasión*.

Claro que muchas noches ocurría que, por una razón u otra, nos íbamos agrupando todos en derredor de alguien que contaba cuentos de espantos. De pronto —creo que esto llegaba por temporadas, como una moda—, el interés se volcaba hacia los juegos de salón, mientras los más chicos organizaban ocupando toda la calle, juegos como “San Miguel, dame tus almas”, “Las ollitas”, “Caballos y caballeros” . . . hasta que llegaron, el cine, la radio y la televisión . . .

Pero el libro acababa siempre por ser el gran invitado. Cómo se conmovía la audiencia cuando leíamos *¡El Mártir del Gólgota!* Pérez Escrich era poco menos que un santo para las viejas tías. Y no es que no supieran leer. Una de ellas era maestra ya jubilada. Era que el acto de leer un libro se ofrecía como ocasión para compartir una experiencia juntamente ética, estética y social. Puede ser que de aquí partiera la afición de alguien a quien conozco mucho, por la creación literaria y por la enseñanza. Ya en el Liceo, es curioso, quien nos comunicó una experiencia semejante, fue el profesor Fidel Tristán. Don Fidel era profesor de Ciencias Físicas. Pero aprovechaba las ausencias del profesor de Castellano para traer a clase una novela, que leía admirablemente, y a nosotros llegó a apasionarnos la Física que enseñaba don Fidel, para ganarnos el premio de una clase de literatura —que era lectura comentada— del gran hombre de ciencia.

Todo esto es tiempo pasado. Y qué lástima, digo yo. Lástima que el leer no sea ya concebido en la familia ni en la escuela, como lo que realmente es: búsqueda y hallazgo y goce, todo al tiempo. El leer como aventura y curiosidad que se satisface y crea cada vez más ánimo curioso, más deseo de aventura.

ESTE ANALFABETISMO Y EL OTRO

Hasta hace algunos meses trabajó con nuestra familia una empleada doméstica analfabeta. Tenía ya treinta años de edad. Buena inteligencia pero ninguna voluntad de aprender. Cuando se le ofreció ayuda para enseñarla a leer y escribir, replicó sólo esto: —“¿Para qué? No lo necesito”. No se extraviaba en la ciudad, ni equivocaba los autobuses. Cuando le preguntamos cómo lo hacía, dijo: “Muy sencillo: por los colores”. Su cultura era de tipo “verbal”, si puede llamarse así su gran locuacidad. Lo que hacía, lo que les ocurría a ella o a otros, lo que sucedía en la calle, todo lo convertía en palabras. Contaba las cosas en charlas interminables, con repeticiones fatigosas para el interlocutor. La televisión era su entretenimiento de dos horas diarias y la radio todo el día. Pero sólo escuchaba las telenovelas y las radionovelas, además de la música monótona de las canciones rancheras. No le interesaba el por qué de ninguna cosa en el mundo. Alguien intentó explicarle algo elemental sobre la respiración, la circulación, la digestión. No entendió el dibujo del aparato respiratorio ni su funcionamiento. No lograba un mínimo de abstracción. Pero se sabía bien todos sus derechos laborales y se había hecho asegurar para sacarle a la Caja medicinas que no tomaba, y a veces confundía al olvidar los respectivos colores de las cajas. No tenía el sentido de las jerarquías ni el respeto de normas establecidas.

Este cuadro nos dio, mejor que muchas explicaciones teóricas, la idea de lo que significa la enseñanza, la escuela, en la formación de la personalidad humana. Lo primero, la escuela desarrolla la inteligencia, crea la actitud y alimenta la aptitud para aprender. Enseña a pensar, a cuestionar el mundo en que vivimos. Madura en el nuevo miembro del grupo social las actitudes solidarias, de cooperación, de disciplina, de comprensión de los demás. Pero sobre todo, crea la actitud abierta, interesada en el mundo, dispuesta a conocerlo para dominarlo. La vida de aquella analfabeta no parecía alzarse sobre lo vegetativo, sobre lo animal de la existencia.

Algo podríamos decir sobre lo que significan la radio y la televisión en la cultura de hoy. Radio y televisión están creando un mundo de analfabetos. La juventud cada vez lee menos, pero cada vez consume más horas “viendo y oyendo” televisión. El aprender a leer y escribir no sólo tiene el significado de adquisición de dos instrumentos de cultura. Lo más importante es que el leer es un trabajo que va desarrollando en el lector la capacidad de abstracción, de reflexión, de razonamiento, la imaginación, la sensibilidad, la atención intelectual.

La lectura amuebla el espíritu. Le da ideas al hombre. Haciéndole penetrar en un mundo vivido intelectualmente, le saca del mundo en torno, le abre las puertas a otros modos de existencia, abre al lector en la contemplación de distintos ideales de vida y con esto amplía el espíritu del hombre, lo mejora, lo humaniza, lo espiritualiza. Y el mundo en torno se llena de significación.

Nuestras escuelas no crean el hábito de leer, el interés por la lectura. No han descubierto la función creadora de Humanidad que es la lectura; tampoco han descubierto el libro como instrumento necesario de la comunicación. Nuestro pueblo suele ver en el libro un objeto de muy discutible utilidad. No cree en el valor, no conoce el valor de los libros para formar al hombre, y para ayudarlo a dominar el mundo. El que estima su formación religiosa, se contenta con los sermones del cura y la “explicación” que alguna vez se le dio sobre aquellos temas. El artesano desconoce los libros escritos para que haga progresar su técnica. El profesional se contenta generalmente con resobar unos libros en que se encuentran asentados los requerimientos mínimos de su práctica. El maestro, el profesor, generalmente acaba reduciendo su biblioteca a unos cuantos textos en que una versión de tercera mano pone a su disposición unos conocimientos que le sirven para significarse como hombre de ciencia ante sus fascinados discípulos. Por culpa de la escuela, —y de esta culpa no escapa la misma universidad—, nuestro mundo costarricense está lleno de analfabetos que saben leer, pero no leen. Y este analfabetismo es peor que el de nuestra empleada doméstica.

LENGUA, TRABAJO DE TODOS

—Mire usted, me decía una profesora, qué mal redactan y leen los jóvenes. ¿Qué hace la Universidad? Los profesores de Castellano son los responsables.

He escuchado muchas veces lo mismo. Y siempre he contestado: —Usted se equivoca. Todos somos profesores de lengua castellana. La madre, que enseña las primeras palabras al niño; el círculo familiar, que rodea al niño hablándole mientras se le acaricia o se juega con él; los maestros de preescolar, de su primaria; todos los profesores de su segunda enseñanza; todos los profesores de su vida universitaria; pero también el periodista que redacta su gacetilla, o el escritor, con su libro o su artículo; y el político, y el cura . . . Todo aquél que se para frente a nosotros y nos dirige la palabra, es nuestro maestro, —involuntario maestro— de la lengua que hablamos, del párrafo que escribimos.

Observé a menudo, en mi práctica de profesor, que los estudiantes que vienen de familias con tradición de cultura, muestran riqueza de palabras, correcta sintaxis, uso propio de los términos. El hijo de familia obrera o campesina, si no ha atinado a hacer conciencia de su deficiencia de lenguaje, —revela la pobreza de vocabulario, sintaxis tortuosa, impropiedad y oscuridad en los términos. La educación de nuestra habla es primero un proceso inconsciente, espontáneo, reflejo, que se realiza dentro del medio social en que crecemos.

Obviamente, la tarea del profesor de castellano consiste en sistematizar conocimientos; hacer ciencia del lenguaje para crear la conciencia crítica de la expresión; estimular el desarrollo de la sensibilidad mediante el manejo estético de la lengua; formar hábitos de expresión correcta; promover la autenticidad en el uso de la lengua como patrimonio espiritual de la comunidad, etc. Entonces, ¿cuál es la responsabilidad concreta de los demás profesores, por ejemplo, del que enseña matemática o ciencias? —Enseñar el lenguaje de la matemática, el de las ciencias. La explicación de un tema matemático o científico supone un conjunto de cualidades de estos tipos de pensamiento, que deben reve-

larse al estudiante mediante la expresión apropiada: rigor lógico, objetividad, fidelidad al detalle preciso, razonamiento correcto. Contrariamente a esto, se suele escuchar a profesores que payasean, o manejan un lenguaje de pachucos para explicar un tema de su especialidad. Y se despreocupan del uso preciso, propio, claro, de los términos matemáticos o científicos. En realidad, ni son hombres de ciencia, ni son profesores. La educación está llena de charlatanes, de irresponsables que tomaron el camino de la educación para ganarse un sueldo . . .

Una errónea concepción de la enseñanza de la lectura y la redacción nos ha llenado de libros de enseñanza con modelos exclusivamente literarios. Estos libros sólo cumplen un objetivo: enseñar el manejo de las formas estéticas. Un libro con modelos para la lectura, debiera traer muestras de prosa científica, filosófica, o del campo histórico, o explicaciones sobre cómo se lee un gráfico, un mapa, el dibujo, la fotografía en la página de un libro de biología, psicología, sociología, etc. La mayor parte, si acaso no la totalidad de nuestros alumnos, temen abrir un libro científico. No saben cómo leerlo, consultarlo, aprovecharlo. Pero tampoco tienen formado hábito alguno sobre la lectura literaria. No saben interpretar una página, comentarla, analizar el estilo, ni la forma ni el fondo. No saben leer.

Y como no se les enseñó a leer, no aprendieron tampoco a escribir, a componer, a organizar lo que quieren poner en una página. ¿Cómo sintetizar un pensamiento, una exposición, las ideas de un párrafo, de una página, de un libro? Nunca, nadie, ni en la primaria, ni en el liceo, ni en la universidad; enseñó esas técnicas. ¿Cómo lo iban a saber enseñar, si los profesores mismos, —con las excepciones de siempre, por haberse quizá educado fuera del país—, lo ignoran?

— ¡Ah! ¡Pero en las generaciones anteriores! ¡Hay que ver cómo eran de cultos nuestros abogados!

—Sí. Es que, además de sus Códigos, leían a los mejores escritores de nuestra lengua. Eran hombres cultos.

LIBRO Y VIDA: DOBLE VIA

Está aquí, delante de todos nosotros. Tiene rostro y voz. Hace ademanes. Parece existir; pero nada hay detrás de esa figura. Está vacío. No tiene pensamientos, no tiene conocimiento de nada, no tiene ideas, ni voluntad de tenerlas. Es capaz de hablar sobre todas las cosas; pero no parece comprometerse con nada de cuanto dice. Habla, es cierto; pero ha aprendido a hablar porque oyó hablar a otros, semejantes a él. Es como un fantasma. Atravesó los años yendo a la escuela, y ha llegado a la universidad. Aquí sigue haciendo lo mismo: es buen repetidor. Es, mentalmente, una grabadora con largos baches entre un dato y otro. Va y viene, moral, espiritualmente vacío, pero cada vez habla con mayor seguridad de lo que no sabe, ni le interesa: por esto, su lengua se anima mejor en la charla de la soda, en el grupo de la esquina. A veces, pasa largos minutos en silencio, sentado al sol, mientras espera que suceda algo por algún lado, con qué entretenerse.

Describo con tintes adrede oscuros al estudiante medio de nuestras escuelas. El no es culpable. Nuestra educación se ha olvidado de amoblar su espíritu. Ha escuchado millones de palabras por boca de maestros y profesores. Ha repetido cuanto ha sido necesario para lograr el pase al curso siguiente. Si le preguntan ahora qué es la cultura, la define como el empeño del hombre en aprender palabras. Palabras vacías, porque nunca tuvieron para él otra función que la de memorizar para un examen. "Apréndanse esto, muchachos". "Repitan conmigo". Escuela enajenante. A la biblioteca se iba a buscar resúmenes. A recoger datos para trabajos que no tenían nada que ver con la vida, con su vida, con lo que a él le inquietaba, con lo que llenaba de zozobra o de angustia, su espíritu asombrado ante la existencia. Poco a poco, aprendió a postergar, a ignorar, soterrándolas o rechazándolas, todas sus preocupaciones genuinas, para dedicarse a asimilar programas que la escuela tenía listos acerca de muchas cosas interesantes, curiosas, y que no encontraban arraigo en lo profundo de su ser personal.

Al fin se conformó con ser una caja parlante: "soltar el rollo" era la definición de su trabajo de estudiante en los exámenes escritos y orales.

La escuela equivocó sus funciones. No aprovechó como debía ni el libro, ni la viva experiencia

de los que rodean al estudiante, ni el mundo de objetos que nos hablan a gritos con su silencio, ni mucho menos se dio cuenta de que la cultura, así, en abstracto, no existe; que lo que de veras existe es "mi" cultura. Es decir, "mi" personal respuesta al mundo en que vivo, en cuanto pertenezco a ese mundo y me siento solidario con su destino.

Desde este punto de vista, ahora me interesa destacar la verdadera función de la lectura, que es el tema de que vengo hablando.

Partamos del principio de que cada libro tiene una distinta función que cumplir. El diccionario sirve en forma diversa de un texto escolar, y éste tiene un propósito diferente del de un poema, por ejemplo. El libro de matemática se prolonga hacia los objetos o hacia las ideas formales abstractas, generales, según sea el fin útil de la lectura. El libro de física o química nos lleva al laboratorio, a la fábrica, etc. Del libro, al mundo, o del mundo al libro. Una y otra dirección son válidas, y la escuela debe conocer acerca de su uso justo en cada momento del proceso. Lo que no es válido es el maestro parado frente al alumno para reemplazar —necio empeño— el mundo, el libro, y peor aún, los deseos, intereses y gustos del estudiante, y aún más, las necesidades vitales de éste por sus deseos, intereses y gustos personales.

Se ve claro, entonces, cuál ha de ser el viraje radical de la escuela, y cuál la tarea significativa del libro en este cambio; pero sin olvidar que el libro no es sustituto del mundo vivo sino el documento que lo perpetúa, lo explica o enseña cómo ponerlo a nuestro servicio. Sin olvidar que el libro es obra de hombres con un aquí y un ahora que establecen los límites de su valor.

FALTA DE LECTURA, FALTA DE IDEAS

Retomemos el tema de la lectura que veníamos moviendo en estas páginas.

Es que da pavor la vaciedad mental del joven universitario, que es entre quienes nos movemos durante las doce horas de nuestro día de trabajo. Con este agravante: son los estudiantes de otras nacionalidades, preferentemente europeos, quienes se muestran informados, jóvenes leídos, interesados en las cosas de la cultura. Algo anda mal en la educación secundaria, se dice uno a sí mismo, por encontrar una explicación inmediata del fenómeno. Pero luego piensa uno que el mal es más hon-

do: somos un país que apenas empieza a asomarse a la cultura superior. Veinticinco años de Universidad no significan sino un instante en la historia de un país de hoy. Sin embargo, pasado este cuarto de siglo de cultura superior, supuesta la velocidad con que se mueve el mundo contemporáneo, se presiente ya un cambio cualitativo en la vida espiritual de nuestra pequeña patria costarricense. Pero yo tengo la impresión de que muchos maestros, muchos educadores, trabajan con ardor digno de mejor causa, por retrasar ese desarrollo cualitativo. ¿Cómo puede ser eso así? Ni era del átomo, ni cibernética, ni computadoras, ni velocidades supersónicas, ni agotamiento de los recursos naturales, ni crisis del sistema burgués capitalista, ni neo-colonialismo, ni agonía de las pequeñas y grandes regiones subdesarrolladas del mundo, frente a la pugna universal de los imperialismos contemporáneos. Nada sino una Costa Rica de juguete, una imagen pueril del país, y del mundo. Es de este mismo jaez, la cultura del adolescente medio, que llega a la Universidad.

Pero es que los políticos, los periodistas, los profesionales adultos, parecen también comulgar con esta misma rueda de molino de nuestra amable rusticidad. Todo, creo yo, principalmente producido por la ausencia de lectura de los libros que hoy ofrecen al lector en miles de páginas el análisis de nuestro complejo mundo contemporáneo; el debate abierto, intenso, duro, de todas las ideas, de todas las doctrinas, las vigentes y las emergentes; las que tienen a su favor el peso de todo un pasado y las que empiezan a levantarse sobre el drama de una sociedad que ha perdido su brújula, y que busca en medio de la mayor tormenta social, económica y cultural que han vivido los hombres, una guía segura, una luz nueva, un sentido para su existencia.

El destino del libro ha sido siempre éste de orientar el espíritu del hombre; invitarlo a la reflexión y a la acción; prevenirle, descubrirle la razón del mundo en que vive; suscitar su asombro, su fe, su esperanza; asediarse de dudas, angustiarle para hacerle más consciente de su destino humano.

Jóvenes sin suficiente y seria lectura, nuestros jóvenes son espíritus desorientados, irreflexivos, impresionables, crédulos: material dispuesto ya para la siembra de los dogmáticos de todas las doctrinas; jóvenes sin curiosidad por descubrir el significado del mundo en que les toca vivir; jóvenes sin preocupación por llenar su espíritu de la riqueza

creadora de las ideas. Las ideas son los pivotes de la cultura. La cultura —ciencia, arte, técnica— es la que mueve y despliega la historia de los pueblos.

La cultura no es eso que creen muchos conciudadanos conspicuos; un barniz de conocimientos más o menos gratuitos, o la mueca social de las élites.

CULTURA ORAL, ANALFABETISMO

Pre-gutembergiana, es decir, anterior a la invención de la imprenta llama Francisco Gutiérrez nuestra escuela. Casi al mismo tiempo que escribía yo “Falta de lectura, falta de ideas”, sacaba el Hermano Gutiérrez su artículo “Cultura del silencio” en *Excelsior*. Esto indica que el mal es universal en nuestro sistema escolar. Cultura del silencio, ¿por qué? “Porque —nos responde el eminente autor de *La pedagogía total* y otros libros—, un hombre alfabetizado es el que tiene posibilidades de salir de la cultura del silencio, de una situación de mutismo, porque es capaz de percibir, descifrar y expresar su mundo”.

¿Y qué pasa en nuestra educación primaria?

“La lectura y escritura no son fines sino medios. Son los instrumentos, tal vez indispensables, para dar sentido a la praxis de la participación en la sociedad. El hombre no se libera por la simple posibilidad de saber leer y escribir. El proceso de liberación comienza con la expresión personal. He aquí una de las más extrañas paradojas de la escuela: se enseña a leer y escribir, pero las circunstancias obligan al niño a mantenerse alejado de la lectura y de la escritura personal. Concretamente, el maestro, cual mago prestidigitador, pretende alfabetizar a sus alumnos ¡sin libros! Los maestros dictan, para que los alumnos copien, estudien y reciten”.

Cultura oral. Y encima viene la radio a reforzar las características de esta cultura oral. La cultura oral se ha mecanizado, universalizado, y para colmo, desarrollado aguda inapetencia de la lectura en los niños. Los incipientes lectores carecen, además, de un mínimo de libros. Y así se ha venido creando el medio millón de analfabetos, que el Ministro de Educación ha presentado como

una vergüenza de nuestro sistema escolar. Con justa razón se ha iniciado una campaña —que dirige doña Marjorie de Oduber—, para llevar libros a los rincones más apartados del país.

Ahora sigue la otra etapa: crear conciencia de la importancia del libro en el proceso de desarrollo nacional. Lo pongo en los mismos términos con que cierra su artículo don Francisco Gutiérrez. “Conciencia de la importancia del libro en el desarrollo nacional”, ni más ni menos. ¿Y cómo? Los métodos educativos contemporáneos contestan esa pregunta. Primero, la búsqueda del libro debe provocar el esfuerzo por resolver un problema, por hallar apropiada satisfacción a una carencia vital de algo. La tarea fundamental de la escuela es esta de despertar en el sujeto la conciencia de sus “carencias vitales”, que van, desde las puramente orgánicas, hasta las puramente espirituales; desde la alimentación y el abrigo, a la ética y estética. El Estatuto Orgánico de la Universidad de Costa Rica propone entre los principios y fines que rigen para la Institución, dotar al joven profesional de una conciencia crítica y creadora de la realidad nacional, de nuestro subdesarrollo y nuestra dependencia.

Enseñar a leer, sí. Inundar de libros las aulas, mejor. Pero todo, respondiendo a un proceso de cultura de la liberación. Liberación de nuestro pueblo, del subdesarrollo y la dependencia. Por primera vez en muchas generaciones, la escuela empieza a tener una finalidad concreta, nacional y patriótica, y, sobre todo, asequible. Vamos saliendo de las brumas del pedagogismo.

Sólo que, ¡qué verdadera pena! , los educadores ignoran por entero estos fines de su trabajo diario en 1977. Lo digo así, porque no supieron responder a la pregunta sobre los fines de nuestra educación que les formuló en un Seminario reciente uno de nuestros más incisivos educadores políticos. Se quedaron en silencio, haciendo honor a la definición que ha hecho el Hermano Gutiérrez de la cultura sin libros, pre-gutenbergiana, que es la de la mayor parte de nuestras escuelas, las rurales y las urbanas. Y desde el primer grado al último año de algunos cursos de Educación Superior.

CULTURA DE OIDAS

Entre las agudas observaciones sobre nuestra habla, o mejor, “habladera”, que hace el Dr. Láscaris en su libro reciente *El Costarricense*, hay una que quiero traer a cuento: “Gracias a que la enseñanza pública (y la privada) en todos sus niveles, es estrictamente informativa y no formativa, el costarricense muestra su habla real en cualquier escrito que no sea de pretensiones literarias. Ciertamente, los diarios lo muestran continuamente”. Y más allá: “La prensa, los escritos judiciales, los textos de enseñanza, se dan en habladera”. Luego ofrece abundantes muestras de incorrecto uso del régimen de las formas verbales; el uso erróneo del verbo “haber” como verbo personal en aquellos casos en que debe emplearse como impersonal; el uso equivocado de la preposición “hasta” . . . Es cuento de nunca acabar.

Por costumbre, y quizá por deformación profesional, los profesores de la lengua nos lo pasamos criticando el estilo de nuestros periodistas y recogiendo sus errores de todo género en el uso y abuso que hacen de la expresión escrita. Pero ahora quiero dar dos ejemplos de eso que el Dr. Láscaris ha llamado “escribir como se habla”, como se oye, sin atender a la sintaxis, ni al sentido de la expresión.

Primer ejemplo: Hace algún tiempo, un aviso del Instituto Costarricense de Electricidad se redactaba así:

1— *Todo el tráfico automático a través de MI-DA ha sido bloqueado ya que este estaba haciendo causa del congestionamiento en el sistema costarricense y el sistema guatemalteco.*

¿Cómo es posible atrocidad mayor contra la sintaxis? ¿Qué quiso decir el redactor? Sólo vamos a subrayar la forma verbal “este **estaba haciendo causa**”. ¿Hacía causa, o era causa? El escritor ha escuchado, en efecto, las dos formas “Estaba haciendo” y “Estaba siendo”, que suenan igual, se oyen igual, son homófonas. El escritor nunca ha hecho el análisis morfológico y sintáctico del caso; no las ha visto escritas. Escribe, de oídas. No lee para aprender a escribir. Es un analfabeto que sabe leer, analfabeto que no lee.

Segundo ejemplo: Un periodista escribe una

gacetilla con este título: "Concluyen primera etapa de plan de alfabetización". Y dice:

2— *El plan persigue radicar o disminuir al mínimo el analfabetismo en Costa Rica, señaló Volio.*

El periodista (?) quiso decir: "El plan persigue "erradicar" . . . pero nunca ha visto la palabra escrita. No sabe que radicar y erradicar son precisamente opuestas en significado. Oye al Ministro usar el vocablo pero como la pronunciación no separa las palabras sino que las une en una sola cadena fonética, el analfabeto escucha así: Elplanpersigue-radicar . . .

Y es de lo más corriente leer cosas como "Hasta mañana se entregan los giros". Y el periodista cree que lo que ha dicho es que mañana empieza la entrega de giros y precisamente ha escrito lo contrario: mañana es el último día de entrega. Y luego está el uso cada vez más frecuente del verbo haber como verbo personal: *Habemos* muchos, *habían* varios oficiales de tránsito, *hubieron* dos heridos y un muerto.

Cultura de oídas, pura cultura oral. Por pereza de consultar los libros sobre la materia. Por falta de lectura intensa, reflexiva, morosa, de los buenos escritores. El Dr. Láscaris dice indulgentemente, que esto es arcaísmo, castellano del siglo XVI o XVII. Yo digo que es puro analfabetismo de los que saben leer y escribir, como lo llamó Unamuno.

NO ME GUSTA LEER

Me cuenta una profesora de Filosofía algo muy significativo a propósito de esta serie de columnas sobre "alfabetismo sin lectura" o "analfabetismo de los que saben leer" que padecemos los costarricenses. Recomendaba un día en un grupo de estudiantes la necesaria lectura de varios libros. Entonces, una de las muchachas, se arrancó con esta declaración impresionante: —"¡Pero es que a mí no me gusta leer!"

Esta muchacha había equivocado su carrera: estudiaba para profesora de lengua extranjera. Debió matricularse en un curso de costura, peluquería o a lo más secretariado bilingüe, pero nunca en la universidad. Así ocurre por cientos en nuestras instituciones superiores. Jóvenes sin vocación intelectual hacen perder al Estado y a sus padres muchos miles de colones para hacer saber a sus

amigos y parientes que "ahora estudian en la universidad". Lo toman con el mismo espíritu social y deportivo que si comunicaran, para darse tono, que son socios de El Castillo, Indoor Club o Carriari. Son alfabetos, saben leer y escribir, pero como la muchacha de nuestro cuento, detestan la lectura.

Pongo casos extremos, no por prejuicio, sino para subrayar el pecado fundamental de nuestra cultura, de herencia hispánica colonial: el desvalor social de las profesiones manuales: carpintería, albañilería, mecánica, costura o peluquería. Ese desvalor se alimenta a lo largo de la educación primaria y secundaria. Un viejo profesor costarricense del Liceo de Costa Rica, cuando regañaba, les gritaba a sus alumnos: —"¡Ustedes sólo sirven para sembrar papas!" y sus alumnos eran, en gran porcentaje, hijos de campesinos costarricenses. Ese prejuicio está vigente entre nuestro pueblo urbano y rural.

Nuestros jóvenes suelen confesar con cierta reticencia que proceden de hogar de trabajadores. No sólo no tienen conciencia político-social de su clase —lo contrario de lo que ocurre en Europa o Norteamérica— sino que, además, la desprecian y se desprecian a sí mismos. Aspiran a salir de su medio social a toda costa por el odio del trabajo manual, y porque culpan al oficio manual de sus padres de la miseria en que viven, y no al sistema. El padre obrero, el padre campesino, recomienda a sus hijos: —"No se queden brutos como yo, estudien". Y todos se sacrifican durante años para que el hijo saque una profesión universitaria. Pero ¿cuántos jóvenes logran salir adelante con su título académico? Las estadísticas nos dicen que de cien estudiantes que ingresaron en el primer grado de la Escuela primaria, sólo dos alcanzan a graduarse tras quince años o más de bregar con los cursos escolares cada vez más difíciles. La chica de nuestro cuento era feliz de llamarse y sentirse estudiante. Ser estudiantes universitarios es para muchos un modo de matricularse de burgués rico. Nada más. El tema tiene muchas implicaciones socio-económicas, culturales y políticas. Solo digo ahora que el ficticio desarrollo actual de nuestro país, que significa el sometimiento cada vez más trágico al capitalismo imperial, ha originado, con la riqueza ascendente de unos pocos, el empobrecimiento cada vez mayor de nuestra clase trabajadora. Pienso que el verdadero y auténtico desarrollo de nuestros depauperados países vendría cuando se realizara

algo como esto: que el Estado vele por la formación profesional de nuestro obrero urbano y campesino; que se eduque al trabajador manual en la conciencia de su responsabilidad social; que su creciente dignificación moral se conforme con una vigorosa política de dignificación económica... Pero, ¿quién cree en esto? Continuará inexorable la explotación capitalista del trabajo de nuestra clase obrera y campesina.

Y continuarán llegando a la universidad cientos de estudiantes que, como la muchacha universitaria que odiaba leer, acaban por recalar en la enseñanza. Porque ¿dónde se ha visto que para enseñar una ciencia, lengua o arte, se necesite ahogarse en libros? Con un textito bien escondido y bien manoseado basta y sobra.

LOS RESUMENES: CULTURA DEL SUBDESARROLLO

Ha contado Alejandro Sieveking en la página 9 de *La República*, algo que prueba que en todas partes se cuecen las mismas habas, aunque aquí se llamen frijoles y en un lejano liceo provinciano de Chile se llamen porotos. Cuenta Sieveking que él sólo leyó en su secundaria un resumen del *Quijote*. No lo dice, pero lo suponemos, que su profesor no se enteró de la diferencia que hay entre leer una obra o leer un resumen. En un liceo de tantos como se han multiplicado en nuestros cantones, hace algunos años un profesor les decía a sus alumnos: —“Busquen el resumen en la Enciclopedia”. Y a reglón seguido explicaba que él solo había leído ese resumen: “¿Para qué más?”, decía.

Yo creo que tiene el mismo efecto negativo para la formación de lectores, si obligamos a leer sin la motivación suficiente y necesaria. Creo que va bien encaminado ese movimiento de estos días en algunas comunidades por promover el interés por los libros, sobre temas actuales, vigentes. Porque lo grave ha sido que se obligue al estudiante a ver el libro como una medicina que debe tomar: —“¡trágate esto, que es bueno para tu salud!” Eso, en clase: pura obligación del programa. Fuera de su clase, a nadie escuchan nuestros jóvenes hablar del último libro leído; ni la radio ni la pantalla del televisor hablan de libros y autores; nunca nadie entre amigos o parientes, los invitó a escuchar nada que los estimulara para abrir un libro. Entre nues-

tros obreros o campesinos, es una rareza que alguien se interese por la lectura, por hacer una biblioteca. Es más, suele hacerse el ridículo de quien intenta incorporar en un grupo que conversa, un tema de arte o literatura. Incluso en las sodas universitarias, la juventud charla horas y horas sobre frivolidades, bagatelas, tonterías.

El libro queda generalmente en texto escolar y como tal, se deja con disgusto, una vez pasado el curso. Y si del burgués rico tratamos, este llega a creer que la literatura y los escritores sólo alimentan el ocio y mantienen la vagabundería. Vieja costumbre del burgués rico ha sido, sin embargo, la de comprar libros “por metros”, como la manita, para adornar alguna pared de su residencia. O mejor, han hecho lo que vi en Valparaíso, Chile, en 1965. Visitaba en aquel entonces un liceo recién instalado en la que había sido soberbia residencia de uno de los miembros de la poderosa familia Edwards. La Dirección estaba instalada en la vieja biblioteca de la mansión. Pero la gracia del Director era invitarlo a uno a tomar cualquier libro de los repletos estantes. Sólo estaban ahí los lomos ricamente impresos de las obras maestras de la literatura universal. La familia Edwards es dueña del más importante banco privado de Chile, y también del periódico *El Mercurio* (equivalente a *La Nación* de San José, Costa Rica), y principal sostén intelectual del Gobierno del carnicero que desangra hoy al pueblo de aquel pobre país.

Todo esto, para decir que contra el libro y la lectura conspira en primer lugar el liceo mismo; y luego nuestro propio subdesarrollo cultural, que pone el libro en el renglón de puro texto escolar, que a nadie interesa fuera de la escuela.

Alejandro Sieveking cuenta cómo llegó el momento en que se entregó a la lectura del *Quijote*. Pero este recuerdo le sirve de oportunidad para denunciar a algunos jóvenes y adultos que corren a escuchar a los escritores extranjeros que nos visitan, sin haber leído sus libros, ni propósito ulterior de leerlos, pero sí armados de papel y lápiz para sorprender el resumen que les ahorre el riesgo de la lectura.

Porque la lectura es peligrosa, ¿no es cierto?

LIBROS PARA LECTORES JOVENES

El colega que ha seguido en estas columnas el tema de la lectura, los libros y los lectores, me dice que para él, padre de familia, el problema está en darle el libro apropiado al hijo que le pide algo para leer. Una cosa es cierta: que en nuestra educación, no existe una sola línea de investigación sobre los intereses de nuestros niños y jóvenes en relación con su edad. Nuestro sistema escolar sigue siendo tan intelectualizado y dogmático, como lo supone la tradición europea que seguimos. Pero si el europeo sabe qué es lo que debe obtener de la escuela, nosotros nunca lo hemos puesto por obra. Mientras el europeo y el norteamericano extraen autoeducación y disciplina, nosotros extraemos jóvenes sin voluntad de progreso interior autónomo, es decir, sin conocimiento de sus propias fuerzas creadoras y lo que es peor, estragados por el abuso de un sistema educativo en que el profesor sigue sustituyendo con comprimidos verbales de conocimiento la infinita cantera de la cultura viva del mundo de hoy, de ayer y de mañana, que sale al encuentro de nuestra inteligencia y de nuestra sensibilidad desde todas las esquinas de nuestra realidad cotidiana.

La Escuela de Estudios Generales se creó, entre otras cosas, pensando ofrecer a la juventud estudiosa la oportunidad de interesarse en las cosas de arte; en la ciencia como un mundo lleno de significado humano; en las humanidades, no como pasatiempos sentimentales, sino como rigurosos campos de trabajo del espíritu que piden la participación de lo elevado y lo noble de nuestra naturaleza de hombres. En el día de hoy, los Estudios Generales centran estas inquietudes en un interés vital: el encuentro del joven con la rica realidad espiritual y cultural costarricense y latinoamericana. Pero, ¿qué ocurre? Que el estragado espíritu juvenil vaga como un fantasma —vacío y sin propósito— por la realidad. La pregunta sobre libros leídos, exposiciones vistas, conciertos escuchados, obras de teatro apreciadas, conferencias o progra-

mas valiosos televisados, cosas, paisajes, pueblos contemplados, vividos—, se queda ordinariamente sin respuesta. Uno o dos, —a veces ninguno— responden afirmativamente. Y esta es la juventud universitaria, estos los jóvenes de más sostenidos intereses intelectuales y educativos, los que dentro de un lustro van a empezar a ejercitar algún liderazgo en nuestra comunidad nacional.

Mientras nuestros líderes de la educación nacional no inicien de una vez por todas un trabajo sistemático de investigación de los intereses que mueven a nuestros niños en cada una de las etapas de su desarrollo; y mientras no se estudie sistemáticamente el ambiente cultural en que se desenvuelven nuestros niños y jóvenes, no podremos establecer nada positivo y real que pueda servir a las generaciones nuevas para conquistar el mundo en que les toca vivir, conquistándose a sí mismos, es decir, creciendo como hombres y creando todos los días la patria nueva, la nación ideal que cada uno de nosotros está obligado a crear como ciudadano que tiene la oportunidad por encima de otros, de muchos otros, de desplegar su personalidad en el mundo.

Yo diría, finalmente, que la inquietud del colega debiera movernos a algún grupo de universitarios —ahora que se empieza a estimular en nuestra Institución la actividad investigativa—, a tomar para sí una tarea urgente: movilizar algunos métodos de la antropología cultural para obtener un esquema de la evolución de los intereses de nuestros niños y jóvenes de hoy, y al mismo tiempo ordenar el índice bibliográfico que pudiera contener lo más de lo que en la ciencia, la literatura, el arte, los viajes —antes geografía y costumbres, hoy cibernética—, la vida y la obra de los hombres ejemplares, etc. puede servir para alimentar la curiosidad fresca de los jóvenes. *Junto con esto*, también lo que el cine, la radio, la televisión, hayan creado con valor permanente, educativo. Y además, y ante todo, lo que el genio costarricense tiene ya logrado: que esta es la columna vertebral del mundo sin la cual, no podríamos nunca decir que somos eso que es nuestro radical destino: costarricenses, y hombres de nuestro tiempo.